

An illustration of a person walking on a city street at night. The person is wearing a purple beanie, a light-colored face mask, a dark jacket, and dark pants. They are walking towards the right. The background features a building with large windows and signs, including one that says "AV". String lights are strung across the street, and the overall atmosphere is warm and urban.

LILY DEL PILAR

still
with
me

CROSS
BOOKS

LILY DEL PILAR

*Still
with
me*

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2022

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Lily Ibarra, 2021

© 2021, Editorial Planeta Chilena S.A.

© Editorial Planeta S. A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2022

ISBN: 978-84-08-26399-9

Depósito legal: B. 14.125-2022

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Jong Sungguk tenía siete años cuando su madre se marchó de casa. Mientras mantenía las manos sobre su regazo, ella se colocó en cuclillas frente a él para que sus miradas quedasen a la misma altura. La caricia en su cabello se sintió como una brisa ligera de primavera. Su hermana, Suni, estaba sentada a su lado con expresión enojada, no miraba a Yejin a pesar de los intentos de ella para captar su atención.

—Regresaré pronto, solo estaré en Busan un tiempo.

Sungguk no entendió que esas palabras fueron realmente una mentira hasta que el «regresaré pronto» se transformó en meses y después en años. Yejin nunca regresó a vivir con ellos. Las ocasiones en que la vio tras su partida se podían contar con los dedos de una mano. Asistió a su octavo y noveno cumpleaños, al décimo Sungguk se quedó esperándola en la casa de su abuela, hasta que la vela de su pastel se consumió por completo.

Una década después de ese mal recuerdo, Sungguk volvía a encontrarse sentado en la cabecera de la misma mesa donde esperó a su madre por horas. Nuevamente esperaba a alguien. Y a pesar de que ahora era un joven de veintiún años, continuaba sin procesar por completo la situación. La esperanza de que Moon Daehyun apareciese por la puerta sonriendo, tímido y avergonzado, persistía en él. Se sintió, otra vez, como el Jong Sungguk de diez años que observaba cómo la vela en su pastel se derretía sobre la crema: pequeño e insignificante, el monstruo de inseguridades se aferraba a su espalda a la espera de devorarlo.

Tragó saliva, Suni estaba ubicada tras él con las manos sobre sus hombros brindándole consuelo. Sungguk no podía quitarse del pecho ese presentimiento de que, la próxima vez que viese a Daehyun, este se presentaría al igual que su madre: embarazado.

Todavía se recordaba con el uniforme del colegio sucio por escalar un árbol, mientras observaba el estómago hinchado de Yejin.

A nueve años de aquello, Sungguk acarició su atuendo de policía. Sacudió la cabeza para dejar ese recuerdo donde le correspondía estar: en el pasado. No, él no iba a pasar por eso otra vez. Desesperado por estar sentado mientras Moon Daehyun continuaba desaparecido, pidió con impaciencia:

—¿Podemos salir a buscar a Dae?

—Salir a buscarlo sin saber dónde podría estar... —respondió Kim Seojun con calma— será como buscar una aguja en un pajar.

—Pero al menos estaríamos haciendo algo.

—Solo gastar energía inútilmente —insistió Seojun, quien continuaba observando el celular de Daehyun con detención. Buscaba algo que pudiera orientarlos en su búsqueda.

—Podríamos ir a la casa de su abuela —rebatía Sungguk.

—Eunjin ya fue y dijo que no hay nadie.

—Tal vez no revisó bien.

La voz molesta de su amigo y compañero de rondas, Lee Minki, se coló en la conversación. Paseaba por la sala de estar como un animal enjaulado. Hablaba por teléfono con su novio.

—¿Cómo que no sabes si Daehyun está en Urgencias? ¿No trabajas acaso como enfermero en el hospital? —se detuvo a un costado del sofá—. A ver, tampoco es algo tan difícil de averiguar. Simplemente vas y preguntas si Dae está ahí o no. Ya, ya, sé que estás en la ronda nocturna, pero... mira, Yoon Jaebyu, yo nunca te pido nada y soy un novio comprensivo y cariñoso que siempre está para ti y... sí, sí voy a utilizar esta carta porque... *ok, ok*, llámame apenas sepas algo.

Y luego bajó la voz y le dio la espalda a Sungguk. De igual forma, lo escuchó.

—Y revisa la morgue del hospital, por favor. Te quiero, adiós. Colgó y se acercó a Sungguk.

Suni y Minki debieron compartir una mirada, porque su amigo forzó una sonrisa que le daba la apariencia de un loco.

—Jaebyu se encontró con Namsoo, van a preguntar si ingre-
só alguien al hospital con las características físicas de Dae.

Por suerte, no mencionó la morgue.

—Eunjin también lo está buscando —intentó tranquilizarlo
su hermana—. Y también le pedí ayuda a mis compañeros del
laboratorio clínico, se están turnando para recorrer las plantas
bajas del hospital.

Sungguk le tocó la mano a Suni en agradecimiento, de pron-
to sintió que toda la situación se asemejaba demasiado a la par-
tida de su madre. Su hermana debió pensar algo similar, porque
habló con nerviosismo:

—No es lo mismo, Sungguk.

Al ver su expresión, Minki tomó asiento en la silla contigua
y se estiró hacia Sungguk como si quisiese tocarle. Se arrepintió
a último instante.

—Quita esa cara de cachorro bajo la lluvia —pidió Minki
con tono brusco—. Vamos a encontrarlo, te lo prometo. ¿Cuán-
do yo no he cumplido una promesa?

—Muchas veces —aclaró Sungguk.

—No mientas.

—Una vez dijiste que ibas a comprarme el almuerzo por una
semana y solo lo hiciste por seis días.

Su amigo jadeó indignado.

—¿Cuándo pasó eso?!

—Cuando te equivocaste y me enviaste ese mensaje que decía...

—¡Ya, ya, lo recuerdo, lo recuerdo! —lo cortó apresurada-
mente. Tenía la punta de las orejas rojas—. *Ok*, te debo todavía
un almuerzo. Pero solo eso.

—También prometiste que harías el papeleo de ambos du-
rante una semana si yo mentía y le decía a Eunjin que habías
llegado al turno, cuando la verdad es que te escapaste con Jaebyu.

—¡Sungguk! —protestó. Después agregó en voz baja—: Yo sí cumplí con eso.

—Hiciste una semana, pero prometiste que serían dos si mentía a Jaebyu y decía que no te habías escapado del trabajo para irte con él.

—Jaebyu nunca te preguntó nada.

—Pero podría haberle contado y no lo hice, porque soy buen amigo. Podría decirle todavía, te recuerdo que el sofá de tu departamento es muy incómodo.

—Maldito —refunfuñó Minki con la mirada empequeñecida—. Esta semana haré todo tu papeleo, ¿feliz?

Sungguk se encogió de hombros.

El buen humor de la conversación se esfumó con la misma rapidez con la que apareció. Contempló la mesa gastada por el paso del tiempo. Estiró los dedos y luego los recogió, dudó al hablar.

—¿Y si se fue?

—¿Cómo? —preguntó Minki sin entender—. Jaebyu no se ha ido.

—¿Tienes que sacarlo en todas las conversaciones?

—¿No hablábamos de él?

—Olvidalo —suspiró Sungguk.

—¿Qué? Podré adivinar muchas no-conversaciones que tengo con Jaebyu, pero a ti no te conozco tan íntimamente.

—Decía —Sungguk se rindió—, ¿y si Dae se fue? —se encogió en su asiento sintiéndose patético al percibir la mirada de su amigo—. ¿Y si Dae decidió que estaba harto de mí y se fue?

—¿Qué dices, idiota? Dae nunca haría algo así.

—¿No? —cuestionó con la vista baja—. ¿Pero no es eso lo que siempre hace la gente, irse sin dar explicaciones?

En vez del consuelo que esperaba, recibió un coscorrón por parte de Minki.

—Seojun, aquí tienes un nuevo caso para tratar —avisó Minki girándose hacia Kim Seojun.

—No puedo atenderlo como psicólogo porque soy su cuñado —respondió el aludido. Seojun continuaba sentado en el sofá revisando el celular morado de Dae con mucha atención—. Pero concuerdo con Minki en que tienes serios conflictos emocionales, Sungguk. Asumes que toda la gente va a terminar abandonándote. A Suni le sucedía lo mismo.

Sungguk podría jurar que su hermana ponía los ojos en blanco.

—Yo no era así —debatí ella sin mucha convicción.

Seojun no le respondió, frunció el ceño observando la pantalla del celular.

—¿Algo que nos pueda servir? Porque estoy así de... —dijo Minki mostrando una pequeña separación entre sus dedos— salir a buscarlo con un parlante amarrado al techo de la patrulla. Soy capaz, créanme. Me va a escuchar donde sea que esté y... espera, se fue con el audífono puesto, ¿cierto?

Seojun se puso de pie de golpe y apuntó el teléfono como un loco.

—Daehyun buscó el nombre de su papá en internet.

En ese momento, Sungguk recordó la expresión de Daehyun al observar la fotografía de Moon Minho. Lo recordó hacía unas horas hecho un ovillo en la cama, mientras Sungguk lo abrazaba por la espalda y le besaba el cuello, acariciándole el cabello y susurrándole palabras de consuelo. Recordó el temblor en sus músculos y el llanto contenido en su pecho. Recordó los dedos de Dae arrugando la imagen de su padre junto a su pregunta torpe que pedía unas explicaciones que Sungguk no pudo darle.

«¿Por qué?».

Sus pensamientos se sentían como una piedra en el estómago.

—¿Leyó alguna de las noticias? —quiso saber Minki.

—La primera —respondió Seojun todavía examinando el celular—. Es sobre el accidente donde murió.

Sungguk se tocó el rostro con las palmas.

—Creo que sé dónde puede estar —confesó.

Minki alzó las cejas hacia él.

—¿Dónde?

—Tal vez fue a la tumba de Moon Minho —y explicó de manera rápida que la tarde anterior le había mostrado a Dae una fotografía de su padre. Al terminar de hablar, Seojun se masajeó el puente de la nariz como si estuviese padeciendo migraña.

—¿Por qué no contaste esto antes? —se armó de paciencia—. Daehyun no escapó. Él está sufriendo una crisis.

—Lo siento, yo...

No se me ocurrió, pensó. No lo pensó porque no conocía a Moon Daehyun lo suficiente.

—Está bien, no importa —dijo Seojun para intentar aliviarlo—. Empezaremos la búsqueda en el cementerio.

—¿Y si no está ahí? —dijo Minki—. Además, Dae no conoce las calles. Lo más lejos que ha ido por su cuenta es a la tienda de conveniencia. El cementerio está a cinco kilómetros de aquí.

Seojun le echó un vistazo a Sungguk.

—Empezaremos por el cementerio —reiteró Seojun—. Pero si la huida de Daehyun es producto de una crisis, entonces va a querer regresar a su casa.

—¿Su casa? —preguntó Sungguk.

—La casa de Moon Sunhee —se corrigió.

La salida fue un escándalo entre Sungguk y Seojun colocándose los zapatos, Suni sujetando a Roko para que no les siguiese, los ladridos del resto de la manada y Minki gritando que iría a buscar a Dae por los alrededores.

Los cementerios en Seúl, en su mayoría, eran grandes mausoleos con tumbas pequeñas y cuadradas donde se instalaba la urna, acompañada de una fotografía del difunto. No obstante, en ese lado de Daegu, más rural que urbano, el único cementerio del sector se ubicaba en las faldas de una colina. Las tumbas se

alineaban sobre la pendiente, las de mayor valor en la parte más alta, donde había una hermosa vista del valle.

La familia Moon se localizaba en la parte más baja del recinto. Una lápida oscura y descuidada marcaba los nombres de los tres cuerpos que descansaban ahí: los abuelos y el padre de Moon Daehyun.

Pero no había ningún rastro de Dae en el lugar.